

Instrucciones para modificar la realidad

Angelo el Heleno



Capítulo 1

Coja primero el lápiz más indicado para la ocasión: una pluma de lagarto. Le dará al escrito un toque prehistórico, y le imprimirá al escritor la sangre fría necesaria para poder soportar el bochorno creativo y emocional al que se debe someter para escribir el mejor poema de todos los tiempos.

Después siéntese en el escritorio más hermoso y mejor, hecho con caucho y latón. Debe tener 67,45 cm de ancho, -107,33 cm de largo y $\sqrt{5345,218321}$ cm de alto. Si el escritorio posee un centímetro más o uno menos, se corre el riesgo de que al escrito le salgan patas y comience a caminar hacia el cine.

Antes de sentarse a escribir, recomiendo escuchar un buen plato de arroces con curry, son muy agradables al oído pues dicen cosas aromáticamente ininteligibles. Luego, es siempre bueno bañarse con negro y blanco. Si se le ocurre leer, sólo podrá crear *best sellers* y cosas que sus amigos podrán entender.

Para finalizar, tome aire profundamente, bébalo lentamente y comience a digerir sus ideas. Cuelgue con calma las letras en los cordones de líneas (debe emplear un papel de lucecillas amarillentas), deje que se sequen al sol de su mirada atenta y éntrelas cuando estén a punto de ser lavadas. Vístase entonces con lo que escribió con este método y muéstreselo a todo el mundo. Aquí un ejemplo grandioso:

"Me gusta el pan con queso".

Capítulo 2

Gente tetracromática

En verano, sus ojos aclaran hasta llegar al ámbar. Adquieren la capacidad de destruir cualquier resistencia solo con sus miradas profundas. Deben huir de la gasolina y otros combustibles, pues son capaces de iniciar un incendio con mucha facilidad. Hubo una vez que a uno lo confundieron con un lobo: lo vieron en la oscuridad, y sus ojos brillaban como la luna roja.

En otoño, la gente tetracromática cambia el color de sus ojos al pardo. Periodo de nostalgias, de arrancarse los párpados y dormir poco. Suelen ponerse irritables e irritantes. Sin embargo, demuestran, durante esta estación, una capacidad de liderazgo natural (aunque luego la pierden). Muchos empiezan a oler a chocolate; otros a café o a tierra húmeda.

Para el solsticio de invierno, deben encerrarse durante varios días. Les duele la vista: los ojos se les aclaran hasta llegar al gris o gris azulado. Mientras la transformación dura, son muy sensibles a la luz. Les gana la soledad. Se entregan a la lectura de la vida a través de la respiración, de observar sus vahos cuando el frío los invade. Tienen pesadillas recurrentes de hombres que salen a cortar leña y no regresan.

Sin embargo, la mejor estación para ellos es la primavera: les vuelve el color a los ojos y se les ponen verdes. La sonrisa vuelve a aparecer en sus caras, y hasta pareciera que todo aclara a su alrededor. Tienen una especie de sincronización natural con la luz. En realidad, no demuestran ningún cambio notable en su personalidad, pero la gente prefiere estar con ellos. Solo en esta estación comprenden su ciclo, y lo que significa ser gente tetracromática.

Aparte de estos cambios de estación, tienen algunas costumbres un tanto peculiares.

A la gente tetracromática le gusta salir a beber con alguien, y beber de los ojos de la otra persona, solo mirar, sin decir nada. Hay quienes huyen de ellos porque están como pantallas, inmóviles, sin pestañear; no ha faltado quién se ha asustado y los ha creído muertos, así que los dejan abandonados a su suerte.

La gente tetracromática ama de forma única. Les gusta amarrarse pañuelos a los ojos y desvestirse vendado, jugar a encontrar, a estudiar el cuerpo del ser amado, a volver a descubrir el mundo de la piel, ser todo palma, sentir el viento, los suspiros, tocar los orgasmos y comerse los

gemidos.

Quizás quieras conocerlos, pero lamento informarte que este texto no ofrece toda la información necesaria para encontrarlos. Quizás ya conozcas alguno y no lo sabes: son gente muy emocional, sufre bastante por amor, y cuando están en esos periodos de melancolía tienden a quedarse estancados en una estación en concreto. A veces son solo otoño, otras una eterna primavera. Quién sabe, quizás todos somos gente tetracromática y no lo sabemos, quizás el tiempo se nos ha detenido en el pasado, en algo que nos ocurrió, y desde entonces olvidamos lo que somos, lo que fuimos. Sin embargo, hay algo que debes saber: si vuelves a descubrirte tetracromático, amigo mío, estimado lector, ten cuidado, ten mucho cuidado: ellos pronto llegarán.

Capítulo 3

Cada quien hace arte como quiere

Desde la primera vez, me gustaron sus esculturas. Tenía recuerdos muy hermosos de muchos trabajos suyos. Me impresionó, por ejemplo, "Ángel de la manufactura", una figura de 30 cm. de alto con guantes en vez de alas. Es fascinante su "Bosque del progreso", una maqueta donde los árboles están hechos de falanges de la mano, y al centro, un reducido lago escarlata esconde el reflejo de una ciudad sumergida. Su única pintura, "Dedolación", muestra un paisaje desértico; mas las pequeñas dunas arenosas son, si se miran con atención, dedos. Pero ninguna es más impresionante que su "Amor": dos estatuas tamaño natural, abrazadas, compuesta exclusivamente de manos hechas con papel periódico.

Cuando le preguntaron por qué esta obsesión con esta parte del cuerpo, él respondió:

—El pequeño dios que es el artista, mediante sus herramientas, logra moldear un nuevo mundo. Esas herramientas son, por supuesto, nuestros dedos. El objetivo que me planté desde que era un niño, fue rendirles un tributo.

Conocí al escultor en una exposición de un amigo en común. Cuando me presentaron ante él, le dije lo mucho que me gustaba su obra, y él, siempre muy cordial, nos invitó a mí y a mi señora a cenar en su casa. Encantados fuimos.

No diré mucho sobre su hogar, porque su recuerdo se me hace dificultoso; de la comida, solo recuerdo ese jugo de un color rojo intenso y sabor extraño. Después de una excelente conversación decidí recorrer la casa cuando el escultor fue al baño. En las paredes el escultor había colgado diferentes fotografías, la mayoría de aborígenes americanos y africanos. Tan entretenido me hallaba buscando nuevos retratos, que llegué a la cocina, por accidente. Mi mente nunca olvidará lo que vi en ese momento: la señora del escultor estaba guardando algunas sobras en el freezer. Me llamó la atención la gran cantidad de bolsas que había en el artefacto. Me acerqué para observar mejor su contenido y logré distinguir algo parecido a la piel humana y algunos dedos. En ese momento, la señora del escultor se dio vuelta y, al verme, cerró de golpe el freezer. "Es secreto", se apresuró a explicar, "es un proyecto que aún no está terminado".

En ese momento no me pareció extraño, conociendo la extraña obra del escultor. Su señora me acompañó de vuelta al comedor. A los pocos

segundos llegó él. Nos preguntó si queríamos jugar algo, a lo que accedimos con agrado. El escultor nos hizo pasar a otra habitación, demasiado helada y sin ventanas. Nos sentamos en unos sillones bajos que estaban dispuestos alrededor de una mesa de centro, hecha completamente de metal. Luego, entró en la habitación un sujeto moreno, un criado, dijo el escultor, y las luces se apagaron. Nos ordenó poner las manos sobre la fría mesa, con los dedos estirados, mientras el moreno nos colocaba unas antiparras especiales que no nos dejaba ver lo que teníamos frente nuestro. Recuerdo un sonido metálico, la risa del escultor, la señora disculpándose porque se ausentaría, y los pasos del moreno por toda la habitación, respirando detrás nuestro. En ese momento recordé el freezer, los dedos y la piel en las bolsas, las esculturas, las fotografías. Tuve miedo. Intenté moverme, pero alguien me sujetó con fuerza. Entonces, la voz del escultor sentenció:

—¿Quieren saber cuál será mi próxima obra?

Capítulo 4

Perderle el miedo a las elecciones

La primera vez que vio al Rostro, no lo tomó en cuenta. Iba en la micro, atrasada como siempre, y no le prestó atención. Solo pensó: "Ya comenzaron las campañas electorales". Sin embargo, durante algo más de un mes, vio el mismo Rostro en los mismos sitios, de lunes a sábado, nuevamente, sin prestarle atención y sin conocer su nombre. Fue una casualidad que comenzara a temerle.

Estaba sola en su casa, en el baño, con la puerta abierta. Tenía la costumbre de desvestirse cada que atendía los llamados de la naturaleza, porque creía que de esta forma el cuerpo se liberaba de todas las tensiones acumuladas. Sin embargo, cuando iba a lavarse la cara, alcanzó a ver que en el espejo se colaba la imagen del televisor encendido. Era el Rostro. No fue lo que dijo, sino cómo la miraba: con odio, colérico, una mirada distante y despectiva. La estaba apuntando, y ella, desnuda en el baño, sintió temor, buscó la toalla y se tapó completa.

No volvió a desvestirse cuando hacía sus necesidades básicas, hasta para ducharse lo hacía con rapidez, secándose apenas antes de volver a ponerse la ropa. Incluso, cerraba todas las puertas con pestillo, incluida la del baño. Cuando iba por la micro, se tapaba los ojos si pasaba por aquellos sitios donde estaba el Rostro. Tuvo pesadillas donde le rasgaban las blusas, la apuntaban, luego aparecía el Rostro y se reía en su cara, la bañaba con saliva y entonces la cama se volvía toda ojos.

Su pareja le preguntó qué le ocurría. Ella le contó, pero él no le creyó: "te lo estai' inventando" dijo. Más tarde, mientras comían, ella sintió de pronto que la observaban, levantó la vista y al Rostro, en la cara de su pareja. Gritó aterrada, le lanzó la mesa encima, con todo lo que tenía, y salió corriendo hacia la casa de su madre. No volvió a hablarle: no podía mirarle sin sentir pavor. Muchas personas pensaron que su pareja le había hecho algo, que la había maltratado o golpeado, nadie, no creyó cuando ella, arrepentida y entre lágrimas, repetía "no me hizo nada". "Es típico negar las cosas cuando cuando te enfrentas a un evento dramático" le dijo un amigo psicólogo, y ella se largó a llorar. "Tranquila, ya vendrá la fase de aceptación". La familia de ella demandó a la pareja, pero el caso quedó en nada por falta de pruebas.

Ella dejó de ir al trabajo, rehusaba ver televisión y le daba miedo abandonar su cuarto. Sus familiares estaban preocupados: no entendían este cambio drástico en su personalidad. De activa y alegre pasó a ser insegura y paranoica. Veía al Rostro en el arroz, en los árboles, en el gato

de su hermana pequeña. Cierta día la sorprendieron intentando ahorcarlo.

El día de las elecciones se acercaba. Cada día amanecía más ansiosa que el anterior: solo pensaba en el Rostro, en ir y votar por él para que la dejara tranquila, para que dejara de aparecerse en sus pesadillas. Marcó con rojo sangre en el calendario ese día que el Rostro repetía. Su madre quiso obligarla a no ir, pero ella se volvió loca, vomitó un día entero y amenazó con arrancarse los pelos de la cabeza. Solo hablaba del Rostro, que él la estaba esperando, que le había ordenado ir o se sentiría muy decepcionado de ella. Entonces, el padre decidió que toda la familia la acompañaría a votar.

Le tuvieron que vendar los ojos durante el camino a las urnas. Debieron estar siempre a su lado, para calmarla, y solo la dejaron libre cuando entró a la cabina. Ella experimentó un tremendo alivio al sentir que estaba a punto de liberarse del Rostro. Pero fue entonces cuando descubrió algo terrible: no sabía cómo se llamaba el Rostro, no sabía qué debía hacer, qué opción marcar. La furia, la tristeza y el terror se le subieron de golpe a la cabeza y salieron en forma de chillidos horribles. La familia escuchó los gritos y, sin pedir permiso a nadie, entraron corriendo a la cabina en el momento en que ella se enterraba el lápiz en la garganta para no saber nunca más del Rostro.

Capítulo 5

Importancia de los prólogos

Esta historia puede parecerle curiosa o incluso tonta, pero para los protagonistas fue muy seria. Comenzó con un escritor publicando su primer libro. El prólogo fue escrito por un amigo suyo, aunque era en realidad una historia pequeña, muy interesante. Este prólogo le pareció, al escritor, llamativo, quizás demasiado; sin embargo, decidió que estaba bien, que le daría un color diferente a su libro. A que no imaginan lo que ocurrió.

¡Cuarenta mil ejemplares vendidos en el primer mes! ¡Anunciada una obra de teatro del prólogo! ¿De qué trata el libro del escritor? ¡El prologuista es invitado a todos los simposios literarios!

Ustedes pensarán: “pero qué tonto el escritor”, o “pobrecito él, se lo jodieron”. Bueno, nada de eso. Escribió otro libro, acudió a la misma editorial y ¿adivinaron qué pidió? ¡Que lo prologara la misma persona! No, no es de tonto, eso se llama orgullo, yo también lo haría si me pasara. ¿La editorial? Encantada, un panorama muy alentador, económicamente hablando. Cuando fue el lanzamiento del libro, la sala estaba atiborrada porque se anunció la participación del prologuista. Pero antes, como calentamiento, dejaron que el escritor leyera algunos poemas de su libro. ¿Poemas? ¡En ese momento la gente descubrió que el escritor escribía poesía! Aburridos los que no entienden de poesía, que son la gran mayoría, la gente se impacientó, y tuvieron que apresurar la presentación del prologuista, quien estuvo más de dos horas hablando sobre ya nadie recuerda qué, espantando a la audiencia. No fuimos más de diez quienes nos quedamos hasta el final. Esta vez, los que compramos el libro, pocos en verdad, lo hicimos porque nos gustó la poesía del escritor.

¡Revolución po-ética! ¿Y qué haremos con todos los ejemplares sobrantes? ¡El escritor viene con su pluma huracanada a revolver las apagadas letras nacionales y a dotarlas de nuevos aires! ¡No publicaremos más libros tuyos!

Por supuesto que la historia del prologuista no era mala, pero su actitud pedante y arrogante molestó a la gran mayoría, cosa extraña porque entre los artistas es difícil encontrar alguno que no lo sea. De todos modos, esta historia no termina aquí. El escritor quiso sacar un tercer libro. Debó recurrir a una auto-edición, por supuesto; el fracaso de la edición anterior había sido muy estruendoso como para que otra editorial quisiera arriesgarse. Y el escritor, quizás por respeto, pidió que el prologuista prologara otra vez su obra. Comenzó entonces una batalla

literal que muy pocos han presenciado, un combate dentro de un mismo libro, una lid entre la lírica y la narrativa. Yo he sido fiel espectador, durante algo más de dos décadas, de esta interesante refriega. En algunos casos, el prologuista toma las armas e invade el libro con historias bien apertrechadas, y en otras ocasiones es el escritor el que construye una fortaleza lírica impenetrable.

¡Qué singular disposición en las obras del escritor! ¿Quién es ese prologuista?, ¿no ha publicado ningún libro de su autoría? ¡El escritor sacará nuevo libro!, ¿con qué responderá el prologuista?

Me declaro fiel admirador de ambos caballeros de las letras. ¿Sequirán siendo amigos? ¿Habrán conversado alguna vez desde que se publicó el primer libro? Siempre me lo he preguntado. Sin embargo, estoy absolutamente convencido de que sus competiciones no se reducen al puro terreno literario. Investigando sus datos personales, descubrí que el prologuista se casó primero, pero tres meses después el escritor apareció presumiendo su matrimonio con una mujer un poco más bonita. El prologuista contraatacó con un hijo, y un año después el escritor fue padre de gemelos. Este último perdió, sin embargo, al comprarse un auto: el prologuista adquirió un feroz jeep. Y así, fuera de los libros y de los textos, creo que han estado compitiendo en todos los aspectos de la vida.

Hasta hace un lustro. Por un amigo que conoce a ambos personajes, me enteré del fallecimiento del prologuista. ¿Qué habrá sentido el escritor? En las cosas de la vida es difícil que haya un ganador para toda la eternidad; la muerte es diferente, es más terminante, más absoluta, más fuerte. Fue la victoria final del prologuista porque el escritor más nunca volvió a publicar. Tampoco lo volvieron a invitar a algún evento: sus lecturas se volvieron nebulosas, difusas, su voz parecía a punto de extinguirse. Sospecho que la rivalidad entre ambos era lo que lo mantenía con vida; sospecho que la muerte del prologuista fue también la muerte del escritor.

Capítulo 6

Hola, vengo por el anuncio

—¿Hola? Vengo por el anuncio.

—Sí, pase, siéntese. ¿Primera vez?

—Sí, sí, primera vez.

—Oh, tranquilo, está en buenas manos. Cuénteme.

—Bueno, mire, mi trabajo...

—Permítame que le interrumpa.... No le queda tiempo para vivir su vida, ¿no es cierto?

—Sí, sí, en resumen es eso.

—No se preocupe, nosotros le ayudaremos. ¿Familia?

—Dos hijos, señora y suegra.

—... Señora... y suegra... Bien. ¿Padres?

—En otra ciudad, pero una o dos veces al mes vienen a quedarse en mi casa.

—¿Amantes?

—Una sola, pero de ella no se preocupe.

—Bien, perfecto. Entonces, será el servicio familiar. Nuestro empleado vivirá su vida para que usted se dedique a trabajar tranquilo.

—¿Y de cuánto hablamos?

—El servicio familiar vale dos millones de pesos mensuales. Los regalos se cobran aparte, eso sí.

—No si eso lo tengo claro. Pero, pensándolo mejor ¿y si incluyo a la amante?

—No viene incluido en el servicio familiar, pero si lo habla con nuestro

empleado, creo que puede llegar a un buen acuerdo.

—Chuta, genial. Oiga, sabe, tengo una reunión en una hora...

—¿Quiere pasar a ver a su reemplazo?

—¿No nos demoraremos mucho?

—Mire, con media hora hablando con él, creo que podríamos comenzar al tiro.

—Genial, genial, chuta, sería lo mejor, porque hoy está de cumpleaños mi señora, usted entiende.

—Sí, comprendo. Mire, pasemos, no perdamos tiempo. ¡Alberto! Ven acá, necesito que compres una tortita y un regalo, mientras.

—Chuta, lo mejor que me puede decir. Unas joyas de oro o algo así, le deposito 500 aparte. ¿Por aquí es?

—Sí, caballero, adelante. Su nueva vida lo espera.

—Gracias, mil gracias.